

Edición N° 56 - diciembre 2009

## Elogio de la Embriaguez El Campo Intelectual de Izquierda entre 1955-1976

Por Ignacio Moretti

**Ignacio Moretti.** Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires.

### *I. Consideraciones Preliminares*

Este artículo, el cual se trata de un breve recorte de una investigación en pleno proceso, tiene como pretensión central realizar un recorrido, seguramente parcial y tentativo, por los principales procesos desplegados al interior del campo intelectual de izquierda en el período 1955-1976.

*¿A qué me refiero al acotar el objeto del presente estudio a la fracción de intelectuales de izquierda?, ¿Cómo definir y delimitar «una izquierda intelectual»? ¿Acaso se trata de una ontología o antropología particular?* Si desde sus propias particularidades intrínsecas, la conceptualización del «intelectual» es difusa, ambigua y problemática, más aún se presenta el recorte que estableceremos en torno a una fracción de los mismos. Con la dificultad adicional de tratarse de términos con una honda y significativa carga simbólica para nuestro devenir, principalmente en lo que se refiere a los años 60s y 70s, donde esta conformación binaria solía tratarse en términos de tautología. De esta forma, el horizonte mismo de significación del concepto intelectual quedaba ceñido, reservado para el diccionario progresista o del «campo de la izquierda».

Quizás la respuesta más simple a nuestro interrogante sobre la delimitación del objeto sea proseguir, seguir los pasos, de sendos trabajos ineludibles para el racconto histórico de esta fracción: el ya citado estudio de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1955-1966*, y la investigación de Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. El primero desde su análisis del nacimiento de la izquierda intelectual, y la segunda desde «la intelligentsia contestataria o crítica» como uno de los tipos de configuración histórica de la intervención intelectual, explicitan criterios de demarcación de esta fracción, no a partir de trayectorias personales o pertenencias partidarias explícitas, sino por intermedio de una determinada direccionalidad y horizonte temático compartido, un mapa o archivo de categorías comunes y ciertas premisas básicas sobre la función del intelectual.

Este espacio de comunión, posee una direccionalidad explícita: *el discurso crítico*, que tienda a emprender una movilización del pensamiento en pos de cuestionar, poner en suspenso los sentidos comunes. Casi en un sentido arendtiano, esta actitud implica el impedir la superficialidad y la dura e incesante tarea de la continua interpelación de la propia cotidianeidad, a través del esfuerzo del «des-hacer», la «des-naturalización» y el «des-congelamiento». En síntesis – quizás con un dejo demasiado profundo de normativismo, «romanticismo» y quizás autorreferencialidad- es un impulso hacia la reflexividad continua: «una actitud permanente de disgusto e incomodidad con el mundo, de indignación e incluso de fastidio» (Trímboli, 1998: 140)

De esta forma, frente a los clichés, lugares comunes, frases hechas, códigos estandarizados de conducta y adhesiones a lo convencional, esta direccionalidad se presenta como cierta exhaustividad del pensar; un pensar que trae consigo la reapropiación crítica de los discursos, las palabras y los sentidos; y la capacidad de diseminar este examen de forma pública, con otros. Así, la cuestión del intelectual pensada en términos de fracción de izquierda nos remite no sólo a esta sed inagotable de exploración, de crítica analítica sobre todo lo existente; sino también – y quizás sobre todo- a la imperiosa necesidad de repensar las propias condiciones de producción y de revisión continua de los discursos y acciones del propio campo de la izquierda.

*¿Pero cuál es la razón de ser de este pensar, de este ejercicio de la crítica?*, no parece ser otra que la voluntad de intervenir permanentemente sobre la realidad, de hacer un uso eminentemente público de su razón. Quizás aquí resida, en este ímpetu, en esta pasión por lo concreto, la raíz de la tensión inexpugnable entre la esfera política y la esfera del saber intelectual, de tan dificultosa delimitación para esta fracción intelectual; para la cual la intervención pública es una característica per se, inescindible, del vocablo intelectual, y, por ende, la actuación en la política, muchas veces su estrategia rectora

## ***II. La apertura de un nuevo ciclo intelectual***

De poder sintetizarse en unas pocas palabras un claro hilo conductor de la época **-I-**, podría decirse, aprehendiendo la tesis de Beatriz Sarlo en *La Batalla de las Ideas* (Sarlo, 2007), que adquirió centralidad la interrogación sobre las masas y qué cursos de acción emprender respecto de las mismas. En otros términos, la denominada *cuestión peronista* que amanecía hacia 1955 requería explicar al peronismo, lo cual conllevaría casi tautológicamente a la necesidad de comprender al pueblo como sujeto político del movimiento y, en una última, instancia, el imperativo de entender la realidad argentina.

Esta tesis se retraduce al interior del campo intelectual por intermedio de la interpelación acerca de qué posicionamiento tomar frente a las masas y qué tipo de intervención intelectual resultaba indicada en este nuevo escenario. Concomitantemente, el problema de «*lo nacional*» se irá convirtiendo en un imperativo para toda literatura, conformándose en el criterio de autenticidad por excelencia de toda práctica intelectual. La cercanía con la realidad concreta, con lo nacional, se edificará, asimismo, como criterio de pertenencia para los intelectuales al campo intelectual de izquierda, Este proceso será definido por Noé Jitrik, parafraseando un artículo de Jean Paul Sartre en *Les temps modernes*, como el *proceso de nacionalización de la literatura argentina*, el cual, en pocas palabras, consistía en que «*La literatura debía revisar sus principales supuestos, acomodar sus mitos predilectos a la realidad y bajar a pedradas sus ídolos representativos y estériles, o sea replantear su idea de lo nacional en virtud de las experiencias cumplidas y los nuevos condicionamientos*» (Sarlo, 2007:s/d).

Esta «*nueva época*» no sólo se expresa por intermedio de la mutación de los objetos y léxicos intelectuales, sino también a través de distintas formas de revisión de las lealtades ideológicas establecidas. Análogamente a la progresiva pérdida del monopolio simbólico del marxismo en manos del Partido Comunista y Socialista Argentino y de un contexto internacional de ebullición contestataria favorable que ponía en cuestión la interpretación de la ortodoxia – cuyo cenit lo constituye la Revolución Cubana- se abrió un proceso de revisión, relectura y enriquecimiento de la perspectiva marxista. Como bien lo advierte Sigal (Sigal, 2002), este escenario de desnaturalización de los sentidos y de quiebre de la seguridad doctrinaria precedente pone en «*disponibilidad ideológica*» a esta nueva generación de intelectuales que amplía el espectro de

lecturas y combinaciones ideológicas posibles para la interpretación de la realidad nacional y latinoamericana.

Así, hacia 1955 se abre un período de profunda transmutación del campo intelectual: relecturas, revalorizaciones, relocalizaciones, revisiones de lealtades partidarias e ideológicas, metamorfosis de la misión del intelectual y su relación con la esfera del poder político. En síntesis, la nueva identidad del intelectual de izquierda se edificará a través no sólo de una apertura de miras promisorias, sino también por intermedio de la progresiva instalación de una nueva matriz de estudio y sentido: la realidad argentina, o de forma vedada, el binomio: pueblo-peronismo; frente al cual es imposible hablar como observador no implicado y, por ende, se vuelve más difuminada la delimitación y autonomía del campo intelectual respecto del político. En fin, auto-identificarse como intelectual será hacer carne esta pasión por lo concreto. El intelectual (casi tautológicamente, en este período, de izquierda) ya no tendrá como faro la *civitas celestial*, sino *la ciudad terrena*: sus ojos ya no se posarán en el cielo, sino en el fango de la realidad circundante.

### **II.1 La tierra arrasada como preludeo para una nueva génesis**

El imperativo del inconformismo y la rebeldía como paradigma: *La Revista Contorno*

Estos procesos de metamorfosis de objetos y miradas intelectuales, conexamente a la conformación de un espacio significativo para una nueva intelectualidad de izquierda, sin lugar a dudas –dada la casi unanimidad planteada por la literatura especializada– puede datarse hacia mediados de la década del 50. Esta unidad temporal no sólo adquiere relevancia intrínseca debido a la caída del peronismo, sino al surgimiento al unísono de experiencias intelectuales que adquieren notabilidad al disputar el espacio de difusión intelectual a la elite establecida en la *Revista Sur*: la *Revista Imago Mundi -2-*, *Revista Centro* y la *Revista Contorno*, entre otras.

En Noviembre de 1953, verá la luz el 1º número de la *Revista Contorno*; revista que a lo largo de diez números y dos cuadernos, dotaría de un aire innovador y renovador al espacio de la crítica literaria y cultural argentina. En este sentido, resulta adecuada la caracterización del Grupo Contorno como «*punto de viraje*» -3-, que expresa no sólo la incursión de una nueva generación intelectual -4- (de gran relevancia en el campo intelectual en las décadas sucesivas) que desplegaría una suerte de querrela con las elites culturales e intelectuales entronizadas a partir de la definición autorreferencial de orfandad intelectual; sino también, como bien lo expresa Sarlo, a través de la proposición de un nuevo canon de crítica e interpretación de la literatura, donde se produce una desacralización de la misma, adoptando una innovadora mixtura de léxico literario y político.

¿*Cuáles son las razones que sentencian la imputación al Grupo Contorno como «punto cero» de este proceso de reconstitución del campo intelectual?* Como ya se ha esbozado someramente en el párrafo precedente, Contorno realiza la operación fundamental para una nueva generación intelectual: *cortar el cordón umbilical*, declararse como una generación sin maestros. Esta orfandad se constituye en el punto de partida, como expresión de rechazo y rebeldía, de una nueva generación que se dispone a disputar la dirección intelectual reinante. Quiebre generacional que, al cortar lazos naturalizados por la elite precedente, abre la posibilidad de pensar bajo una nueva égida un nuevo conglomerado de objetos. Así, esta declaración de orfandad dota de libertad para el establecimiento de nuevos cánones en la crítica literaria y cultural, la edificación de una nueva genealogía y finalmente la disponibilidad de un mayor abanico de combinaciones ideológicas posibles, dada la emancipación de la cerrazón ideológica preceden-

te. En esta elaboración retrospectiva de una nueva genealogía, característica operación desplegada por todo grupo intelectual, Contorno crea su nuevo panteón, a través de la centralidad que adquiere la figura de Roberto Arlt, como paradigma literario y como arquetipo de impertinencia de esta nueva generación -5-.

Si bien Arlt es vislumbrado como el prototipo de la figura molesta, impertinente e inoportuna; dicho *fuego literario* pareciese actuar al interior de Contorno con un objetivo específico pero vedado: realizar un *juego de espejos*. En y a través de Arlt, esta nueva generación percibe el reflejo de su propia identidad constitutiva: el –nada inocente- desconocimiento de las reglas de juego y su impulso al establecimiento de nuevos cánones literarios. En este sentido, a través de Roberto Arlt, Contorno se define a sí misma como vendaval de intranquilidad e impertinencia, proponiéndose a sí misma como elite alternativa.

Pero si Roberto Arlt se transforma en el ícono literario de esta nueva generación, los mentores intelectuales de la misma serán Jean Paul Sartre y Ezequiel Martínez Estrada. Este *doble magisterio intelectual* no sólo significa una nueva noción respecto a los deberes y funciones del intelectual, sino también la correspondiente novedosa tonalidad y estilo que adquiere la forma de referirse a la literatura. Por un lado, Ezequiel Martínez Estrada -6- será señalado como el paradigma de la esencia del intelectual. Esta autenticidad intelectual reside en una determinada actitud o postura plenamente crítica e intransigente y de pleno afincamiento en la realidad circundante.

De esta forma, el nuevo imperativo de dotar de centralidad al análisis de la realidad circundante, implicará la demarcación y edificación de un nuevo árbol genealógico, al interior del cual, la misión de intelectual remite a la imposibilidad de hablar sobre dicha realidad como un observador ajeno o no implicado. De allí que resulte totalmente comprensible la tarea de Contorno de trazar puentes no sólo con la figura de Martínez Estrada, sino con el que sería el lugar de encuentro de esta generación, y en última instancia, su maestro: Jean Paul Sartre.

Este énfasis en la significación política de la literatura, en tanto discursos que viabilizan, discuten y analizan los grandes temas nacionales -7- y al interior de los cuales se libran las batallas ideológicas, necesariamente trae aparejada la inevitabilidad del compromiso del intelectual: *es constituyente de esta nueva matriz intelectual el habla en primera persona*. El intelectual postula su incumbencia respecto al objeto, a través de su ineludible participación –activa o pasiva- en el mismo.

En este contexto, Contorno, concomitantemente a la fundación de un nuevo panteón intelectual, edifica un nuevo estilo, tono y léxico. Si la literatura ya no deberá ser sacralizada en razón de su necesaria lectura política y su mayor cercanía con los problemas nacionales, la manera de hacerlo será para Contorno el dar paso, no sólo a un nuevo repertorio de terminologías, sino a un estilo polemista, provocador y desafiante, cuyas miras se dirigen a desnaturalizar ese altar donde la literatura había sido entronizada: *«un estilo que combina –aunque no siempre logra sintetizar- la dimensión política y la dimensión literatura, la dimensión ética y la material. Fue una escritura escandalosa comparada con la que circulaba en los medios tradicionales»* (Sarlo, 2007:125)

De esta manera, Contorno, como soporte de difusión pública de la voz de esta nueva intelectualidad, se constituye en la apertura de la nueva época: no sólo por su tarea de proclama de la orfandad de la nueva generación respecto la intelectualidad liberal, sino por el sucedáneo establecimiento de nuevos pactos de lectura, crítica y glosarios para enfrentar a un nuevo objeto: la realidad, frente a la cual, la misma noción de intelectual habría de ser modificada.

### **III. El Jardín de los senderos que se bifurcan**

#### *La práctica revolucionaria como parte-aguas de la identidad intelectual*

Si la operación del Grupo Contorno puede interpretarse como el puntapié inicial de la metamorfosis de la noción del intelectual, la Revolución Cubana va a funcionar como límite epocal que indica una segunda resignificación de la noción del intelectual, al interior de un nuevo horizonte de sentido completamente innovador: La revolución, y la centralidad al interior de la misma del rol de las vanguardias políticas. El fragor revolucionario iluminará, de esta forma, el sendero latinoamericano hacia un destino inevitable: La rueda de la transformación radical se había echado a andar y su marcha parecía irrefrenable. En este sentido, parece indicado seguir las afirmaciones de Claudia Gilman (Gilman, 2003), según las cuales, la Revolución Cubana funcionará como hito, cenit o pináculo que abre las puertas hacia una nueva racionalidad histórica: *el camino hacia la Revolución*.

Sin lugar a dudas, la singularidad de la Revolución Cubana produjo no sólo un nuevo horizonte, sino, en función del mismo, una profunda reconfiguración de la identidad cultural y política de los Intelectuales. La Revolución Cubana fundará un nuevo espacio de significación para el hombre de ideas y para la tarea de la elaboración teórica. Se trata de una revolución parida sin teoría. El hasta allí inexcusable decálogo de las condiciones objetivas, daban paso por un lado, a la inmediatez de las condiciones subjetivas y, por ende, a la medular noción del hombre como productor de la historia, y, por otro lado, a la renacida tesis del papel eficaz de la violencia y de su función última de parición de la historia. Finalmente, Cuba demostraba que la Revolución era posible y que la violencia se constituía en el medio más enérgico para tramitar dicha pleito contra el opresor.

La realidad y simbología enrededor de la Revolución Cubana significarán, en última instancia, una profunda redistribución de los objetos, tareas y discursos intelectuales. La no necesidad de elaboración teórica previa, ni de la consecución de las condiciones objetivas para la práctica revolucionaria, dotarán de relevancia al hombre de acción y fundarán un nuevo sitio para el intelectual y un nuevo imperativo: insertarse activamente en la lucha revolucionaria junto al proletariado. Ya no se le reclamará al intelectual el compromiso de su obra en términos sartreanos, sino su militancia personal; marcando el pasaje a posiciones políticas y culturales de mayor radicalización, y por ende, la apertura de un proceso de politización intelectual, que se profundizará durante toda la década del sesenta –con el otro hito de radicalización ideológica, en este caso autóctono: *El Cordobazo*- hasta el cimbronazo catastrófico que significará el Proceso de Reorganización Nacional.

#### **III.4 El Ocaso de los ídolos**

##### *El des-enclaustramiento ideológico y los puentes doctrinarios de la nueva izquierda.*

La relectura del fenómeno peronista, y la concomitante producción de nuevas categorías y discursos que reconfiguraban el ambiente cultural de la intelectualidad de izquierda, sumado al elixir que parecía brotar de la experiencia de la Revolución Cubana –acompañada durante los *sixties* por una inagotable cantera de experiencias y movimientos en la misma dirección, particularmente la explosión de rebeliones populares que rondan al *Cordobazo*- convergen en el proceso de impugnación de las corrientes canónicas del marxismo: El Partido Comunista y el Partido Socialista.

El transcurso de este proceso de erosión del monopolio simbólico del marxismo en manos de los partidos tradicionales, reconoce sus antecedentes casi inmediatos, no sólo en la tarea ya

enunciada del Grupo Contorno, sino en las figuras paradigmáticas que representan el acercamiento de las lecturas marxistas y trotskistas al entendimiento del fenómeno peronista: Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos. Como lo expresa Beatriz Sarlo, estas impugnaciones al interior del propio marxismo (PS y PC), que llamaban a romper con el legado ideológico del liberalismo por un lado, y con la férrea cerrazón stalinista por la otra, se direccionaban hacia la denuncia de la incompreensión por parte de los mismos del fenómeno peronista *¿Cómo cumplir el rol de portavoces naturales de la clase obrera, si no se llega a comprender el movimiento donde las mismas se encuentran insertas?*

La respuesta a este interrogante será planteado en forma de querrela no sólo contra las rigideces doctrinarias propias de ambos partidos, sino también contra su estructura de pensamiento y categorías foráneas, que no llegan a aprehender, dada su ajenidad al campo de lo nacional-popular, el fenómeno peronista. Este mismo interrogante lo expresaba acabadamente el editorial de la revista *Nueva Política en 1965*, autodefinida como espacio de coincidencias de perspectivas nacionalistas, revolucionarias y socialistas, en los siguientes términos: *¿Cuál es el camino real de la revolución: el internacional, tal como lo desarrollan los teóricos y textos canónicos o los nuevos caminos nacionales de la revolución socialista?* (Revista Nueva Política, 1965: s/d) Esta disputa, de la cual forman parte visiones divergentes como Puiggrós, Ramos y el Grupo Contorno, se entrelazan al interior del proceso más amplio de diálogo y búsquedas de zonas de confluencia y síntesis entre marxismo y nacionalismo. De allí la afirmación de Oscar Terán, según la cual, *«era correcto caracterizar entonces a la emergente nueva izquierda argentina por albergar núcleos entre nacionalistas de izquierda o, tal vez con alguna mayor precisión, nacionalistas marxistas. En este horizonte político-cultural, el lugar ocupado por el marxismo ortodoxo era sin duda reducido»* (Terán, 1991: 92).

Esta apertura de miras –merced al socavamiento de la prerrogativa interpretativa del marxismo en manos de los partidos tradicionales- se profundizará con el advenimiento de la Revolución Cubana, subsidiariamente con las experiencias de los movimientos de liberación del tercer mundo y la experiencia posterior del Cordobazo. La Revolución Cubana adquiere una significación medular en términos de hito de la lucha antiimperialismo. En este sentido, Cuba proporcionó un nuevo espacio y marco de pertenencia intelectual: las fronteras intelectuales se expandían y, como afirma Claudia Gilman, el espacio primigenio de elaboración intelectual será América Latina y, como colectivo general, el conjunto de países oprimidos. Al interior de esta nueva reconfiguración de la identidad del intelectual, cobra sentido la centralidad asignada al antiimperialismo y al repudio contra toda incursión colonial. A partir de aquí, todos los suplicios latinoamericanos y tercermundistas se juzgan y se interpretan a través del prisma del antiimperialismo y la unidad imaginaria de los pueblos oprimidos; *«el antiimperialismo se convirtió en una idea fuerza, y la apelación a los designios imperiales sirvió como funcional fundamentación para explicar todos los males latinoamericanos»* (Terán, 1991: 114)

Así, el imperativo de aprehender la realidad mediante un repertorio de categorías que evadan el legado extranjerizante del liberalismo, tendía puentes hacia el nacionalismo por parte de la izquierda intelectual. Lazos que se fortalecerán a medida que se profundice *el proceso de nacionalización y latinoamericanización de esta izquierda intelectual*, bajo nuevos diálogos con posturas hasta ese entonces vedadas. Este *ocaso de los ídolos* en tanto desmonopolización simbólica e interpretativa del canon marxista, produce -consecuentemente- una amplitud de miras en términos de relecturas y apropiación de nuevos autores y perspectivas que, sin lugar a dudas, son explicativas de las múltiples vías de desarrollo cultural e intelectual que se desplegarán a lo largo de los años 60s hasta la medianía de la década del 70 por parte de la denominada *Nueva Izquierda -8-*.

Lo que resulta interesante de estas expresiones de la nueva izquierda intelectual argentina es su desarrollo por fuera de las entidades que detentaban el monopolio interpretativo y simbólico del marxismo. Este despliegue exógeno, fruto sin duda de la cerrazón doctrinaria a las innovaciones ideológicas emergentes, produce –subsidiariamente– desmembraciones, mermas de cuadros y divisiones, que derivarán en una pérdida de influencia progresiva en la dirección ideológica de la cultura de izquierda. Escenario fundamental para definir este nuevo optimismo epocal: «*la conversión en militantes no se hizo, por lo tanto, a través del sistema político sino en el proceso de creación de entidades propias, cuya unidad reposaba sobre sus consistencia ideológica*» (Sigal, 2002 :51)

### III.5 *El Revolucionario oficio del intelectual*

El *Optimismo revolucionario* como nueva estructura de sentimiento y como auto-acotamiento del espacio intelectual

Como anteriormente ya se ha expresado, desde mediados de la década del 50 y con mayor ahínco a partir de 1960, se produce una profunda redistribución de los discursos y de los objetos tratables y decibles por los intelectuales. En este sentido resulta sumamente fructífero aprehender el concepto de «*estructura de sentimiento*», desplegado por Raymond Williams, en tanto ethos afectivo compartido y como espacio de sensibilidad común, para explicar los nuevos sentidos e imperativos que se desplegaban al interior del campo intelectual por aquellos sin duda convulsionados años.

Recapitulando, experiencias como la Revolución Cubana instauraban un nuevo escenario cultural y político, y daba un nuevo espesor a la tensión –característica del intelectual– entre palabra y acción. Si la palabra *Revolución*, como lo advierten Gilman, Terán y de Diego (de Diego, 2003), deviene en el vocablo medular para comprender esta nueva sensibilidad intelectual, no lo será desde la exterioridad o distancia crítica del intelectual, sino desde su definitivo e ineludible afincamiento junto al sujeto revolucionario por excelencia: el proletariado. De esta forma, este *nuevo estatuto* del intelectual se estructura a partir de esta nueva exigencia: edificar una nueva relación entre los intelectuales y la práctica revolucionaria, en la cual el intelectual pueda hacerse de una perspectiva verdaderamente revolucionaria que posibilite, en última instancia, la articulación de la práctica intelectual con las luchas del pueblo (Revista Nuevos Aires, 1971). Vale decir, el lugar –siempre precario e indefinido– del intelectual al interior de la revolución debía ser revisitado y claramente delineado, en clara divergencia con las argucias reformistas del PC y PS -9-; y así construir un *nueva autoidentidad del intelectual*: «*La cuestión es liberar a la práctica intelectual de las trampas del reformismo. Sólo así se garantizará la relación con el sujeto colectivo revolucionario y el intelectual podrá entender el lugar de la cultura en la revolución*» (Sarlo, 2007: 143) -10-.

Este nuevo imperativo de integración de los intelectuales a la dinámica revolucionaria, superando las –ahora denostadas– formas de compromiso abstracto, requerirán de parte del intelectual un esfuerzo por convertir en accesible y relevante su producción a los ojos del proletariado. Pero en vistas del carácter marcadamente oposicional que iban adquiriendo los términos del binomio palabra-acción, sumado al elogio hacia la eficacia del hombre de acción por sobre el hombre de ideas, el intelectual se integrará en este proceso a partir de una primera certeza: *la dirección general del proceso revolucionario en manos del proletariado*. De aquí que la inserción del intelectual no provenga desde su autoridad o legitimidad intelectual específica, sino desde su calidad de hombre de acción o de sujeto eminentemente político, que posee como cualidad un acceso a la cultura, que sólo resulta significativo en tanto enriquezca la perspectiva

revolucionaria. Esta suerte de *borramiento* de la identidad primigenia como intelectual recalca – siguiendo las lecturas acerca del período de Terán, Gilman y de Diego -II- en la progresiva erosión de las mediaciones entre el campo intelectual y el político, para dar paso a la subordinación de la primera a la segunda; «*La asociación de la noción del intelectual con la de revolucionario (el intelectual revolucionario) en procura de una legitimidad ideológica y política inmaculada dio como resultado una paradoja: (...) una creciente tendencia al borramiento de la identidad o especificidad del carácter intelectual en el terreno de la acción política*» (Gilman, 2003: 163)

En síntesis, la década del 60 abre las puertas a una nueva *estructura de sentimiento* que surca a todo el campo intelectual, especialmente a la fracción de izquierda. En el centro de esta nueva sensibilidad de época, se halla el axioma revolucionario, su inevitabilidad histórica y la, consecuente, exigencia para con los intelectuales de integrarse a este proceso, cuyo comando se encuentra en manos de su natural actor: el proletariado. De esta manera, la participación en este proceso se convirtió en la cualidad medular para la legitimidad de la práctica intelectual. Esto se verifica, siguiendo la interpretación de Claudia Gilman, en que los términos que componían la adscripción como «*intelectual revolucionario*» en los años 60s y primeros 70s resultaban tautológicos o redundantes, merced a la centralidad que adquirió el *silogismo política-revolución-intelectual* y a la experimentación de una suerte de revolución semántica, donde todos hablaban el lenguaje revolucionario. Síntomas, sin más, de esta embriaguez epocal.

Sin lugar a dudas, este nuevo precepto del *intelectual revolucionario o contestatario* introduce al interior del propio campo un conjunto de dilemas sobre el lugar del intelectual y el sistema de legitimación de su discurso. Disyuntivas que introducirán rispideces, aristas controversiales y producirán una desorbitación de las anteriores certezas de la propia identidad y labor del intelectual, adquiriendo una nueva impronta, un nuevo sistema de legitimación, una nueva misión y un nuevo interlocutor (léase El Pueblo, el proletariado o la clase obrera) al interior del campo intelectual: «*Es la política la que legitima el lugar del intelectual. Hay una especie de invasión, de canibalización de la política hacia el campo intelectual. El intelectual empieza a legitimarse no por lo que sabe sino por lo que hace, y lo que hace es una práctica que tiende a ser directamente política*» (Terán, 2006: 91)

Como magistralmente lo expresa Sarlo en su artículo *Intelectuales ¿escisión o mimesis?* (Sarlo, 1985), la exigencia de integración subordinada del intelectual en el proceso revolucionario tensionaba *in extremis* el discurso intelectual. Un discurso que requería ahora una labor de traducción de dichos saberes específicos para su audibilidad y circulación en el espacio de las luchas sociales y políticas; «*Los discursos, al politizarse, abordaban objetos de mayor visibilidad, en términos colectivamente accesibles, interviniendo en el debate sobre cuestiones consideradas significativas no sólo para los intelectuales*» (Sarlo, 1985: 4). En vistas de esto, se inauguran un nuevo firmamento de experiencias y redes de circulación de los bienes simbólicos que se proponen cuestionar, desde sus mismas bases, la cerrazón y corporativismo de las prácticas intelectuales, impugnando las líneas divisorias y las mediaciones entre cultura y política. Asimismo, se instauran nuevos soportes literarios y de comunicación, que quiebran la univocidad del libro -12-.

Este nuevo estatuto es habitualmente catalogado por la bibliografía especializada como fruto de un viraje o deslizamiento hacia la figura gramsciana del *intelectual orgánico* en desmedro de la silueta –característica del Grupo Contorno- del intelectual comprometido. Pero este pasaje no sólo implicaba, tal cual ya fue desarrollado en el marco conceptual precedente, la vigencia de una definición de la intelectualidad más laxa, menos elitista y, por lo tanto, más abarcativa; sino,

también la generalización de un estado de sospecha hacia esa anterior imagen paradigmática del intelectual.

Bajo el paraguas conceptual del «*compromiso sartreano*», el intelectual intervenía en la esfera pública – aún actuando orgánicamente al interior de diversos movimientos políticos- sin abandonar la legitimidad que le confería su propio campo. En este sentido, el intelectual interviene a partir de un discurso que se legitima desde los propios circuitos de legitimación del campo intelectual. Pero este ideal de compromiso, tal cual lo desarrolla Gilman, frente al nuevo contexto imperante de optimismo epocal, comenzó a rebelarse como inconsistente o titubeante. Las vacilaciones que contenía la figura del intelectual comprometido frente al nuevo imperativo de integración al proceso revolucionario, empezaron a observarse con cierta suspicacia.

La enarbolación de la necesidad de cierta autonomía como condición *sine qua non* para el quehacer intelectual libraba un manto de desconfianza. Se había abierto un nuevo tiempo; *el tiempo del hacer*, donde la intervención del intelectual comprometido se revelaba como ineficaz. Esta nueva era constriñe y coacciona a los intelectuales a través del establecimiento de un entramado de presión simbólica que se fundamentaba en cierto maniqueísmo: sólo puede definirse como verdadero intelectual a aquel que ocupa un lugar orgánico en relación a las clases subalternas y cuya legitimidad reside en este accionar eminentemente político, lejos de las nociones abstractas y elitistas del campo intelectual. «*El resultado es o bien dejar de ser un intelectual como condición de sumarse a la revolución, o bien vivir la condición de intelectual como una conciencia desgarrado o culpable*» (de Diego, 2003: 31)

Estos dilemas, debates, disyuntivas y encrucijadas surcan los artículos de las múltiples revistas literarias y culturales de la época (siempre entendiendo a las mismas como espacios de sociabilidad y encuentro que indican las coordenadas del pensamiento de época, más que como meras recopiladoras de artículos). Haciendo una vertiginosa recorrida a través de algunas de las revistas más paradigmáticas del período, se verifica el proceso de politización creciente de las prosas y discursos, y la centralidad que adquiere la discusión respecto al rol del intelectual en la izquierda y el mandato que impele a su proletarización.

Realizando un mero vuelo de pájaros sobre el innumerable conjunto de artículos y revistas de la época, se hace evidente la centralidad de los altercados respecto de la nueva misión que impele a los intelectuales a repensar su relación con el pueblo o el proletariado. Esta disputa ya se despliega hacia 1964, en las páginas de la *Rosa Blindada -13-*, bajo la dirección de José Luis Mangieri y Carlos Alberto Brocato, en un artículo de este último intitulado *Reflexión sobre la responsabilidad del escritor*, en su primer número del mes de Octubre. En este artículo, Brocato –tal cual es característico de su prosa polemista y herética- plantea de forma simple y directa al escritor/intelectual marxista como un ser continuamente tensionado entre su rol de escritor o intelectual y la toma de conciencia de la inevitabilidad del triunfo final. Nuevamente esta temática se desplegará en la misma revista pero en su octavo número con el artículo de Regis Debray *el papel de los intelectuales en la liberación nacional*.

Quizás, junto a la emblemática mesa de discusión *Intelectuales y Revolución ¿conciencia crítica o conciencia culpable?*, reproducida por la Revista Nuevos Aires en su sexto número de diciembre de 1971, son los dos números de la *Revista de problemas del Tercer Mundo*, de Abril y Diciembre de 1968, las reflexiones que expresan más cabalmente la dinámica de pensamiento de la época sobre los intelectuales. Ya desde su misma nomenclatura se refleja el nuevo espacio intelectual reinante: el conjunto de los países oprimidos: éste es el nuevo hábitat de reflexión del intelectual, lo cual hace del antiimperialismo y anticolonialismo, sus conceptos medulares. Su

editorial de aparición, como declaración de principios, hace evidente este nuevo estatuto de la intelectualidad de izquierda: su organicidad al interior de las clases subalternas: «*Para los pueblos oprimidos, como el nuestro, la conciencia nacional constituye un arma esencial en la lucha por conquistar su libertad (...) En este terreno es donde el análisis y la crítica cobran un papel primordial, tanto mayor si se practican en el trabajo coherente de grupos orgánicos. La búsqueda de esto último es un objetivo que guía la aparición de esta revista*» (Editorial Revista de Problemas del Tercer Mundo, 1968: 6)

Durante sus dos números de existencia, esta revista hace de la discusión sobre el rol y deberes del intelectual de izquierda, una de sus temáticas esenciales. Las reflexiones se enmarcan al interior de las contradicciones que plantea la figura del intelectual al interior del mismísimo credo de izquierda: el intelectual siempre fue mirado con resquemor y exterioridad por parte de la clase obrera en función de su pertenencia a la pequeña burguesía y por su rol de conciencia crítica autónoma que pretende guiar o denostar, desde cierto paternalismo, al proceso revolucionario. De aquí, que como bien plantea de Diego y Sarlo, la opción que se desplegaba frente a los intelectuales era su necesaria proletarización e integración subordinada al proceso revolucionario bajo la dirección del proletariado.

En su primer número, la revista hace lugar a este tema un artículo colectivo de Ricardo Piglia, Ismael Viñas y Andrés Rivera, denominado *Repeticiones sobre los deberes del intelectual*. Allí, los autores recorren la imposibilidad manifiesta de neutralidad o avaloratividad del intelectual, impugnando la posibilidad fantasiosa de edificar a un intelectual aséptico; «*Es necesario repetirlo (...): ni el arte, ni la ciencia, ni la técnica, son zonas de privilegio incontaminadas, puras, en las que explotadores y explotados (...), revolucionarios y contrarrevolucionarios dejen de medir sus armas*» (Revista de Problemas del Tercer Mundo, 1968: 50). Pero, por otro lado, el intelectual es observado según la clásica definición bourdeuliana: como parte de la sociedad capitalista en vistas de su rol como empleado de la burguesía. Así, en vistas al nuevo imperativo de integración a la clase obrera, el intelectual debía traicionar y combatir a su propia clase de origen, producir un desgarramiento; «*integrarse con el pueblo, compartir sus sufrimientos y sus anhelos es el destino que esta hora de América marca a los intelectuales*» « (Revista de Problemas del Tercer Mundo, 1968: 52). Estas palabras que bien pueden definirse como un extracto perfecto del estado de la cuestión de la época, prosiguen en un segundo artículo, ahora bajo la autoría individual de Ismael Viñas, en el segundo número de la revista, intitulado *Aclaraciones sobre repeticiones ¿Qué es un intelectual?* Aquí claramente se repite nuevamente la misma cadena argumentativa: «*Los trabajadores intelectuales, en cuanto empleados de la burguesía, en cuanto grupo social, no sólo no son revolucionarios, sino que son reaccionarios, instrumentos y defensores de la propia enajenación y opresión que padecen. Solamente pueden, en cuanto grupo, cumplir un papel revolucionario si aceptan la hegemonía de la clase obrera (...) Es decir, no por un posible acto que salga de ellos (en cuanto grupo social)*» (Revista de Problemas del Tercer Mundo, 1968: 68)

Este escenario –retrospectivamente- puede ser evaluado como un proceso donde la propia escena intelectual tiene a auto-clausurarse, anulando sus propios sistemas de legitimación e intervención, disolviéndose en el campo político. Este estado, no sólo producía esta simbiosis entre intelectual y revolución, sino que, como crispación de esta experiencia de politización, se producen un conjunto de discursos que se expresan negativamente acerca de la propia condición de intelectual, revelando un creciente antiintelectualismo. En términos de Gilman, lo podríamos caracterizar como «*un discurso, no necesariamente sincero, que surge dentro del mismo campo intelectual para abjurar de sí mismo enfrentando a sus miembros con otros paradigmas de valor*» (Gilman, 2003: 166).

Esta vituperación de la propia identidad se caracteriza, como bien lo demuestra José Luis De Diego en relación a la *Revista Crisis -14-*, por el entrecruzamiento de postulados nacionalistas y románticos, que empareja la noción de intelectual con una cultura de elite, liberal, oligárquica y extranjerizante, ensalzando, por el contrario, el saber sencillo y natural del pueblo y del hombre de acción. En este sentido, este elogio de la simplicidad y de la espontaneidad del saber popular comulga, cual sintagma, con un pensamiento verdaderamente nacional, en contraposición al saber intelectual, rebuscado y elitista al que le sigue, necesariamente, un pensamiento foráneo. De esta manera, se edifican dos binomios maniqueos: *lo nacional-popular* y *lo foráneo-elitista*. A su vez a estos términos le puede seguir una nueva encadenación: el campo de lo nacional y popular implica la superioridad de la acción por sobre el inoperante debate teórico. De esta manera, la figura del intelectual se asemeja no sólo a la improductividad de las ideas en términos de eficacia transformadora, sino también con la generación de un género de dependencia o agente de un imperialismo, igualmente medular que el económico, el cultural. «*El antiintelectualismo fue una de las respuestas del campo intelectual ante el dilema de conciliar las tradiciones del intelectual como crítico de la sociedad y una nueva definición del intelectual revolucionario que estatúa un tipo de relación subordinada respecto de las dirigencias políticas revolucionarias*» (Gilman, 2003: 30)

Finalmente, a posteriori de este recorrido y a manera de un *breve excursus*, no se puede omitir mencionar y caracterizar aunque más no sea de forma muy superficial al grupo de sociabilidad intelectual iconográfico de los años 60s y 70s: *La Revista Pasado y Presente*. En este sentido, si Contorno representaba la profunda metamorfosis de los discursos, modos y lenguajes en la interpretación del quehacer intelectual y literario; Pasado y Presente no sólo prosigue esta revolución programática, sino que se coloca como ícono prototípico del proceso de confluencia entre intelectuales y clase obrera, y como imagen arquetípica del camino de renovación ideológica al interior del corpus marxista; «*Todo eso es parte de nuestra historia, de la pequeña historia de un grupo de intelectuales, casi todos militantes comunistas, que creyó en la posibilidad de impulsar un proyecto de renovación ideológica y práctica desde el interior de una estructura que se les presentaba anacrónica y momificada, y que fracasó, aún cuando paradójicamente en su fracaso reside quizás la condición para una futura victoria*» (Editorial Revista Pasado y Presente, 1964: 241)

Este hilo conductor que une a quizás los dos grupos de intelectuales de mayor relevancia de las décadas de los 50s, 60s, y 70s, no sólo es fruto de una interpretación retrospectiva, sino producto de la propia genealogía elaborada por Pasado y Presente. Esta operación característica de todo grupo intelectual en vistas de desplegar lógicas de legitimación y consagración incluyéndose a sí mismo al interior de una determinada tradición y estirpe, al mismo tiempo sirve como punto de partida, como misión inconclusa que esta nueva generación debía completar: «*La experiencia de Contorno nos invita por tanto a la crítica de una ilusión pero nos obliga también a la autocrítica asunción de nuestras responsabilidades. Puesto que la tarea que se planteaba Contorno queda aún por resolver*» (Editorial Revista Pasado y Presente, 1963: 10)

Pero quizás más allá de que sea pertinente su evaluación en términos de las típicas estrategias que se desarrollan al interior del campo intelectual, sea pertinente esbozar una mirada más amplia que se detenga especialmente en los lazos y articulaciones que se tejieron y en los entramados que se sostendrán en las décadas venideras entre los intelectuales pertenecientes a la Revista Pasado y Presente. Este prisma posee la fortaleza de observar la experiencia intelectual del Grupo Pasado y Presente en términos de un espacio de concurrencia, de sociabilidad compartida y, finalmente, de encuentro y confluencia de recorridos y tránsitos individuales heterogéneos. Ahora bien, una empresa de este estilo necesariamente parte de un impulso común, cierta lectura

análoga de la realidad circundante, como bien lo indica el mismo Pancho Aricó, «*toda revista es siempre la expresión de un grupo de hombres que tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad*» (Editorial Revista Pasado y Presente, 1963: 1); pero lejos está de tratarse de un discurso homogéneo y clausurado.

De esta forma, Pasado y Presente puede ser observado como un campo de búsqueda, construcción y discusión ideológica y, por lo tanto, un espacio signado por la polémica y el conflicto; en síntesis, un proyecto para la construcción de una plataforma de diálogo intelectual y político para la conformación, en términos auténticamente gramscianos, de un bloque histórico revolucionario. Así, lo expresa Oscar Terán; «*Pasado y Presente se define de tal modo en la intersección de una circunstancia histórica, un dato generacional, una opción cultural y una apuesta política: se trata de una nueva generación adscripta al marxismo en una época de revoluciones y plenamente consciente de la necesidad de confluencia con la clase obrera*» (Terán, 1991: 163)

Por otra parte, este grupo de intelectuales expresa paradigmáticamente el proceso de impugnación de las versiones más esquemáticas y canónicas del credo marxista, en este caso por intermedio de recepción del acervo gramsciano; proceso que, merced a la expulsión del PC, desemboca en lo que Sivia Sigal describe como la creación de grupos o entidades de forma exógena al sistema político-partidario. Ante sus ojos, la tradición marxista afincada en el Partido Comunista se revelaba como superflua para abordar el fenómeno peronista y frente a la exigencia de una elaboración imaginaria de la unidad entre intelectuales y pueblo: «*La conciencia del fracaso del Partido Comunista argentino (...) nos llevaba inexorablemente a someter a una dura crítica al grupo dirigente del partido (...) Pero comenzábamos a intuir que no se trataba simplemente de los errores metodológicos u organizativos de un partido, sino del fracaso de un grupo dirigente en elaborar una teoría coherente y correcta*» (Editorial Revista Pasado y Presente, 1964: 243)

De esta forma, la originalidad de la tesis gramsciana les proveyó un lugar determinado y un rol específico al intelectual en el proceso revolucionario a través de la funcionalidad del concepto gramsciano de *hegemonía* y por intermedio de una definición ampliada de la cultura, que permitía pensarla en relación al proletariado. El acervo gramsciano<sup>15</sup> posibilitaba, de esta manera, una mirada nacional-popular y cierto voluntarismo congruente con el optimismo epocal y con la redefinición del marxismo como humanismo.

#### **IV. Palabras Finales**

En definitiva, este recorrido por el campo intelectual entre 1955 y 1976 nos enfrenta a este optimismo, esta embriaguez, esta confianza infinita de la victoria final; en una palabra, esta seguridad de estar tejiendo las redes de una inminente nueva era. Una ética de la convicción, una certeza teleológica al interior del cual se establecen nuevas estrategias, pactos de significación y horizontes de sentido para el campo intelectual. El mismo rol, legitimación y discurso del intelectual fue profundamente reconfigurado. Antiintelectualismo, proletarización, conciencia crítica, conciencia culpable y desgarramiento son expresiones de los incontables entrecruces teóricos y mixturas de prácticas que el mismo campo intelectual había generado para integrarse y participar de la embriaguez del optimismo epocal de fines de los 50s, los sesentas y principios de los 70s, aún con el riesgo de su misma anulación

Sin lugar a dudas la intensidad del sentimiento de desazón, derrota y pesadumbre experimen-

tado por este campo intelectual de izquierda frente al derrumbe civilizatorio y a la espiral del miedo inaugurado por el Proceso de Reorganización Nacional fue directamente proporcional, justamente, al ímpetu incontenible de esa primavera de los pueblos que parecía experimentarse.

## V. Bibliografía

- Altamirano, Carlos, (2006). Intelectuales. Notas de Investigación, Grupo Editorial norma, Colombia.
- Bourdieu, Pierre, (2000). Intelectuales, política y poder, Eudeba, Buenos Aires.
- De Diego, José Luis, (2003). ¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y Escritores en Argentina (1970-1986), Ediciones Al Margen, La Plata.
- Gilman, Claudia, (2003). Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio, (2006). Los Intelectuales y la organización de la cultura, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Jitrik, Noé, (1962). El proceso de Nacionalización de la Literatura Argentina, en Revista de Humanidades n°5, Córdoba.
- Piglia, Ricardo, (1971). Intelectuales y Revolución ¿Conciencia crítica o conciencia culpable?, en Revista Nuevos Aires n°6.
- Ediciones completas de la Revista Contorno; Revista de Problemas del Tercer Mundo; Revista La Rosa Blindada; Revista Nueva Política; Revista Pasado y Presente.
- Sarlo, Beatriz, (2007). La Batalla de las Ideas (1943-1973), Emecé, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul, (1950). ¿Qué es la literatura?, Editorial Losada, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia, (2002). Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Terán, Oscar, (2006). De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual, Siglo XXI Editores, Bs. As.
- Terán, Oscar, (1991). Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1955-1966, Ediciones El cielo por Asalto-Imago Mundi, Buenos Aires.
- Trímboli, Javier, (1998). La izquierda en Argentina, Cuadernos Argentinos Manantial, Bs. As.

**NOTAS**

**-1-** Utilizo la noción de época en el mismo sentido que lo hace Claudia Gilman (Gilman, 2003), en tanto «campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento histórico dado», de claro valor heurístico para señalar la amalgama de características de un período histórico determinado.

**-2-** En Septiembre de 1953 nace el primer número de la Revista de historia de la cultura *Imago Mundi*, conformada por J.L. Romero en calidad de director, y en tanto integrantes del comité de redacción: Luis Aznar, J. Balini, E. Epstein, V. Fatone, R.F. Giusti, A. Orgaz, F. Rivero, J. Romero Brest, José Rovira Amengol, A. Salas. Su secretario de redacción será Ramón Alcalde.

**-3-** Esta caracterización resulta subsidiaria de la desarrollada por Jorge Cernadas en el estudio preliminar de la compilación digital de los números de la Revista *Contorno* a cargo del Centro de Documentación e investigación de la Cultura de Izquierda en la Argentina (CEDINCI).

**-4-** El denominado Grupo *Contorno* congregó –obviamente con divergentes grados de involucramiento- entre otros a: los hermanos David e Ismael Viñas, Juan José Sebrelí, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Oscar Masotta, Ramón Alcalde, León Rozitchner, Adelaida Gigli, Regina Gibaja, Rodolfo Kusch, Francisco Solero, Carlos Correas y Tulio Halperín Donghi.

**-5-** Así, desde los primeros números de la revista, en especial a partir de su segundo número en Mayo 1954 casi exclusivamente dedicado a Roberto Arlt, se vuelve insoslayable su figura como icono literario y como lugar de encuentro de esta nueva generación:

«Por eso Arlt es una permanencia. Por eso Arlt se desplaza cada vez más arriba de nosotros. Por eso lo admiramos. Con él ya no estamos solos en nuestra pelea contra el monstruo de la conformidad. Podemos vencer. Sí, ahora y para siempre, sí» Véase Solero, F.J., Roberto Arlt y el pecado de todos; *Revista Contorno* n°2, Mayo 1954, Pág. 7

**-6-** La figura de Martínez Estrada se transforma en un arquetipo de esta nueva generación, como cabalmente lo representa la edición especial (n° 4) dedicada a su figura en diciembre de 1954.

**-7-** Sin lugar a dudas, el peronismo se constituyó al interior de *Contorno* como el tema central de su indagación, tanto en vistas a criticar la interpretación maniquea establecida por la intelectualidad liberal, contenida para *Contorno* tanto en Sur como en las esferas del Partido Socialista y Comunista, como así también a dotar de vida al imperativo de comprender la realidad, que sería leído como la necesidad de indagar la relación Pueblo-Peronismo. De allí la exclusividad temática del número 7/8 de la Revista, dedicada a relecturas varias del fenómeno peronista.

**-8-** En este sentido, basta –sólo a manera de presurosa ejemplificación- con algunas menciones al respecto: el diálogo entre existencialismo y marxismo provisto por el Grupo *Contorno*; la introducción del acervo gramsciano por intermedio de sus primeras traducciones al castellano (1° 1950, 2° 1958/1962) –vía Hector P. Agosti y José «Pancho» Aricó- cuya máxima expresión alcanzaría en el Grupo *Pasado y Presente*; los puentes tendidos con el estructuralismo y el psicoanálisis, como claramente se hacen visibles en la primera etapa (Es pertinente esta aclaración en función del pasaje que se produjo en la revista entre una primer etapa, bajo la dirección de Héctor Schmucler, de una moderada politización de los artículos; y una segunda etapa, bajo la

dirección tripartita de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, donde se vuelve más palpable dicho proceso de politización, con marcada centralidad del acervo maoísta) de la Revista Los Libros y en intelectuales como Oscar Massotta, Eliseo Verón, León Rozitchner y Juan José Sebreli; además de las relaciones establecidas con el ya mencionado nacionalismo y peronismo, meollo de la propuesta de la Revista Crisis; y con los postulados cristianos, a través de Cristianismo y Revolución.

-9- Esto puede ejemplificarse con un pequeño recorte del editorial de lanzamiento del primer número de la Revista Nueva Política, en Diciembre de 1965, pág. 3:

«Lo que ocurre es que los partidos tradicionales que durante más de medio siglo monopolizaron la representación de la izquierda, se comportan de tal modo que, no podemos asumir lo que ellos dan como imagen de una izquierda que sea tal, y no el uso abusivo de una palabra».

**-10-** En este mismo sentido, resulta sumamente fructífera y pertinente la lectura de Claudia Gilman, que analiza este «pasaje» en términos de su traducción conceptual específica: el viaje desde una concepción reformista a otra revolucionaria de la tarea política y cultural.

**-11-** Vale puntualizar la divergencia con estas visiones que se observa en la interpretación de Silvia Sigal, que rescatando las líneas medulares de la sociología de los intelectuales de Pierre Bourdieu, lee este proceso en clave fortaleza del campo intelectual, preludio para su posibilidad de práctica en la esfera política.

**-12-** El enaltecimiento de la concepción gramsciana de la cultura popular liberaliza las formas de intervención política. Los volantes de fábricas, los poemas, las crónicas periodísticas son los nuevos soportes y géneros de intervención política, que traen consigo una nueva figura prototípica: Rodolfo Wash.

**-13-** La Revista Rosa Blindada –bautizada de este modo por un libro de poemas de su padrino intelectual Raúl González Muñón en homenaje a la insurrección de Asturias durante la Guerra Civil Española- editó nueve números a lo largo de casi 2 años de existencia (Octubre de 1964-Septiembre 1966), y congregó a escritores y artistas como Juan Gelman, Andrés Rivera, Fernando Pino Solanas, Octavio Getino, entre otros; bajo la dirección de José Luis Mangieri y Carlos Alberto Brocato.

**-14-** La Revista Crisis se editó desde el 1 de mayo de 1973 hasta agosto de 1976, totalizando 40 números publicados, con tirada mensual. La secretaría de redacción estuvo integrada entre otros por Federico Vogelius, Eduardo Galeano, Juan Gelman y Vicente Zito Lema. En términos estrictos funcionó como órgano de discusión y debate entre peronismo e izquierda, entre socialismo y nacionalismo.